

DESPERTAR...  
A UNA NUEVA VIDA

VIROVESCA

Marta miraba nerviosa el reloj de la cocina mientras cocinaba los chipirones en su tinta. Tenía que haber empezado antes a prepararlos, pero era una inútil, como Carlos le decía siempre. La última vez, le habían quedado tan sosos que no quiso comerlos y ella había tenido que recogerlos del suelo, junto con los trozos del plato ya que él, enojado, lo había estampado contra el suelo. También se enfurecía, si tenía que esperar para que ella le sirviera la comida. Marta se tocó con las manos ambos brazos que estaban llenos de moratones y pensó que Carlos estaba muy nervioso últimamente. Recordó cuando, tras la muerte de su padre del que era muy amigo, Carlos se presentó en su casa y le ayudó con todos los trámites que tuvo que realizar. Estaba pendiente de ella y la trataba con mucha ternura. La invitaba a restaurantes, al cine y al teatro y proclamaba que se sentía orgulloso de llevarla a su lado, porque ella era una belleza morena, con unos preciosos ojos del color de los zafiros. Ella ansiaba el cariño que le había negado su padre y acabó enamorándose de él a pesar de la diferencia de edad, pues ella tenía 20 años y él contaba ya 45. Al principio su relación iba perfectamente y Carlos decidió irse a vivir con ella, pero a los 6 meses empezaron los problemas. Marta se desvivía por complacerle pero él, furioso con su ineptitud, además de abroncarla cada día, la golpeaba a menudo.

Carlos estaba frenético, con su empresa en bancarrota y acorralado por sus acreedores. Había engañado a Marta para ser titular de sus cuentas y manejar a su antojo la herencia de su padre, pero los depósitos ya se habían esfumado por sus arriesgadas inversiones en Bolsa y de las cuentas corrientes solo quedaba una décima parte. Si en el banco empezaban a sospechar, estaba perdido. Debía convencer a Marta de que vendiera su mansión, para conseguir varios millones en efectivo y saldar sus deudas.

Manuela se había despertado con la premonición de que algo terrible le iba a ocurrir a su querida Marta. No podía contactar con ella, ni conocía a nadie en Madrid que le pudiera informar. Desde que Carlos se había ido a vivir con Marta, envenenándole el corazón y poniéndola en su contra, no sabía nada de ella. Seguía pensando que aquel hombre no era trigo limpio. Se había librado de ella con una mentira, acusándola de haberle robado un sobre lleno de dinero. Al despedirse de Marta, que tenía lágrimas en los ojos, ésta le había dicho que iban a contratar a una empresa para limpiar y que como, gracias a sus enseñanzas, era una buena cocinera, ella misma se encargaría de las comidas, porque Carlos no quería que trabajara. Manuela volvió a Burgos, a vivir con su hermana que era viuda, pero aunque había pasado casi un año, no olvidaba a su niña. Había empezado a trabajar en el chalet de sus padres, cuando Laura y Federico se

casaron. Él era presidente de una gran empresa, muy estirado y serio, menos cuando la miraba a ella, a la que idolatraba. Laura era una bonita joven, risueña y encantadora y cuando nació Marta, la casa se llenó de alegría. Federico trabajaba muchas veces hasta los sábados y Laura aprovechaba para llevar a su hija, a visitar a María, su madre, que era viuda y vivía en un pueblo costero de Cantabria. Pero un mal día, un camión chocó contra su coche y aunque Marta se salvó porque iba detrás, Laura murió en el acto. Federico, desesperado, culpó a su suegra de aquella fatalidad y cortó todo contacto con ella. Desde entonces, vivió solo para su trabajo y no se preocupaba de su hija, que se quedó sin madre, pero también sin padre. Manuela se encargó de cuidarla con amor, procurando que fuera feliz, hasta que murió Federico y apareció Carlos en su vida.

Manuela, preocupada por Marta, convenció a su sobrino Iván de que la llevara a Madrid y para las 2 de la tarde ya estaban delante de la verja del jardín. No estaba cerrada con llave, así que entraron y se acercaron a la puerta para llamar al timbre. Entonces oyeron gritos y ruidos en el interior y muy preocupados dieron la vuelta a la casa para entrar por la cocina. Guiados por las voces se dirigieron al salón dónde se encontraron con una escena dantesca. Carlos, gritando como un poseso, le pegaba con un atizador a Marta, que con la cara cubierta de sangre, estaba en el suelo sin sentido. Cuando iba a levantar otra vez el hierro para machacarle la cabeza, Iván se abalanzó sobre él haciéndole caer y le propinó un puñetazo que le dejó noqueado. Mientras Manuela socorría a la chica que casi no respiraba, Iván llamó al 112 y pidió una ambulancia y a la policía. Luego, cogiendo el cordón de las cortinas, puso a aquella alimaña boca abajo y le ató los brazos en la espalda. Los sanitarios, intentaron estabilizar las constantes vitales de Marta que estaba en estado crítico y se la llevaron urgentemente. Después de hacer una declaración a los agentes, Iván y Manuela fueron al hospital donde les informaron que Marta estaba en cirugía y se quedaron esperando con el alma en vilo, rezando para que no se muriera.

En el quirófano, los médicos luchaban por salvar su vida, pero tuvo un paro cardíaco y sufrió una muerte clínica. El espíritu de Marta, abandonó su cuerpo y se pudo observar a sí misma, tumbada en la camilla con el equipo de cirujanos a su alrededor. Tenía el pecho abierto y uno de los doctores le masajeaba el corazón para hacerlo palpitar de nuevo. De repente vio como atravesaba un estrecho túnel oscuro, con una luz brillante al final y experimentó una sensación de paz y alegría que le duró poco porque le habían logrado reanimar y debía volver a la vida. Entonces, su mente recordó un momento del pasado: Era pequeña y paseaba descalza por una playa, entre su madre y su abuela

que la miraban con cariño y se sentía muy feliz. La primera persona que vio Marta al recobrar el conocimiento en la UCI, fue a Manuela y ambas lloraron por la emoción del reencuentro. Iván regresó a Burgos, pero su tía se quedó con su querida niña.

Por fin la subieron a planta y Manuela estuvo día y noche a su lado, menos cuando iba a ducharse y cambiarse de ropa al chalet. Marta recordó los puñetazos y patadas que había recibido, hasta que perdió la consciencia y Manuela le contó que habían llegado justo a tiempo de evitar que recibiera un golpe mortal. El motivo de la brutal agresión había sido la negativa de Marta a vender su casa y el resultado: la nariz y media dentadura partidas, ambos antebrazos fracturados, un edema pulmonar causado por varias costillas rotas, el bazo desgarrado, todo el cuerpo amoratado... ¡y se había librado del malvado que la maltrataba! Carlos estaba en la cárcel por intento de asesinato, pero además tenía pendientes varios juicios porque las víctimas de sus estafas, Hacienda incluida, habían logrado “clavarle el diente de la justicia en la yugular” y le tocaba expiar sus crímenes.

Marta pasó un mes, ingresada y otro, en una pensión cerca del hospital, para ir a terapia. Vendió su mansión para alejarse de los malos recuerdos de Madrid y decidió pasar una temporada con Manuela en Suances donde vivía su abuela, para volver a verla, aunque desconocían su dirección. En cuanto llegaron, se quedaron enamoradas de aquella villa, con su puerto, sus playas y sus verdes paisajes. Visitaron varios pisos y dos días después, Marta firmó las escrituras de un precioso apartamento amueblado con unas vistas espectaculares del mar. Después de pagarlo, todavía le quedaba una cuantiosa cantidad para ir tirando, pero Marta quería ganarse la vida cuidando niños, porque aunque era Técnico de Guardería, no tenía experiencia. Para disgusto de Manuela, enseguida consiguió un empleo para hacerse cargo de un niño de 3 años, hijo de un médico viudo, que vivía en su mismo edificio. Marta estaba contenta porque Rodrigo era un chiquillo encantador y además solo tenía que atenderle por las mañanas.

Llevaban más de una semana en Suances y todavía no habían logrado enterarse de la dirección de María Pelayo, que era el nombre de su abuela. Pero una tarde que caminaban descalzas por la playa de El Sable, una señora mayor que venía de frente, se quedó mirando a Marta con cara de sorpresa y le dijo con un hilo de voz, que era exactamente igual que su hija Laura que se había muerto hacía ya 13 años. Marta se abrazó a la anciana llorando de alegría. ¡Por fin había encontrado a su querida abuela!

